

EL PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA

Sobre la teoría de los factores

En la segunda mitad de la década de los años setenta, el finado Kablitz¹ escribió su artículo: *La inteligencia y el sentimiento como factores del progreso*. En él, invocando a Spencer, quería demostrar que el papel protagonista en el desarrollo ascendente de la humanidad correspondía al sentimiento, mientras que la inteligencia desempeñaba un papel secundario y, además, completamente subordinado. Un “honorable sociólogo”² respondió a Kablitz y manifestó una sorpresa irónica ante una teoría que relegaba la inteligencia a un segundo plano. El “honorable sociólogo” tenía razón, por supuesto, en su defensa de la inteligencia. Pero habría tenido mayor razón aún si, en lugar de entrar en los detalles de la cuestión planteada por Kablitz, hubiese señalado hasta qué punto era equivocado e inadmisibile el método utilizado para desarrollar su planteamiento.

De hecho, la teoría de los “factores” ya de por sí es inconsistente, porque resalta, de manera arbitraria,

1.- Kablitz (1848-1893). Escritor ruso, populista.

2.-Plejánov se refiere a N. K. Mijailovski (1842-1904), ideólogo de los populistas liberales rusos, quien, apenas salió a luz el citado artículo de Kablitz, respondió a él en su obra: *Notas Literarias de 1878*.

diferentes aspectos de la vida social y los *hipostasías*³, convirtiéndolos en una clase especial de fuerzas que, desde distintos puntos y con éxito desigual, arrastran al ser social por la senda del progreso. Pero esta teoría es aún menos sólida debido a la forma que le ha dado Kablitz en su artículo, ha convertido en hipóstasis sociológicas especiales no ya distintos aspectos de la actividad del *ser social*, sino también las diferentes esferas de la *conciencia* individual. Son verdaderas columnas de Hércules de la abstracción, no se puede ir más lejos, porque más allá comienza el reino grotesco del más completo y patente de los absurdos. Precisamente, sobre esta cuestión, el “honorable sociólogo”, debería haber llamado la atención de Kablitz y sus lectores.

Quizás, después de revelar el laberinto de abstracciones al que condujo a Kablitz su aspiración de encontrar un “factor” dominante en la historia, el “honorable sociólogo”, quizás por casualidad, podría haber hecho alguna contribución a la crítica de esta teoría de los “factores”. Esto hubiera sido muy provechoso para todos nosotros en aquella época, pero no supo estar a la altura de su misión. Él mismo profesaba aquella teoría, diferenciándose de Kablitz, únicamente, por su inclinación hacia el *eclecticismo* y, por consiguiente, todos los “factores” le parecían de igual importancia. Posteriormente, la naturaleza ecléctica de su espíritu se manifestó con mayor claridad en sus ataques contra el materialismo dialéctico, en el cual veía una doctrina que sacrificaba todos los demás factores al “factor” económico y reducía a la nada el papel del individuo en la historia. Al “honorable sociólogo” ni siquiera se le ocurrió que el punto de vista de los “factores” es ajeno al materialismo dialéctico y que únicamente la absoluta incapacidad de pensar lógicamente permite ver en él una justificación del llamado quietismo⁴. Por cierto, hay que hacer notar, sin embargo, que este error del

3.-Hipostasía: Dotar de existencia real a una entidad espiritual o conceptual. Sustancia individual concreta. Palabra derivada del griego hypostatos, situado debajo, sustancial.

4.- Quietismo: movimiento místico surgido en el siglo XVII en el seno de la Iglesia Católica, Enseñaba la pasividad en la vida espiritual y mística, ensalzando las virtudes de la vida contemplativa; sostenía que el estado de perfección únicamente podía alcanzarse a través de la abolición de la voluntad

“honorable sociólogo” no tiene nada de original, lo cometieron, lo cometen y, seguramente, lo seguirán cometiendo en el futuro.

A los materialistas se les empezó a reprochar su inclinación hacia el quietismo cuando aún no tenían formada su concepción dialéctica de la naturaleza y de la historia. Sin necesidad de hacer una incursión en la “lejanía de los tiempos”, recordaremos la controversia entre los conocidos científicos ingleses Priestley y Price. Al analizar la doctrina de Priestley, Price mantenía, entre otras cosas, que el materialismo es incompatible con el concepto de libertad y excluye toda iniciativa independiente por parte del individuo. En respuesta a esto, Priestley hizo referencia a la experiencia diaria. “No hablo de mi mismo, aunque, naturalmente, tampoco soy la más aletargada y apática de todas las criaturas. Pero, yo os pregunto, ¿dónde encontraréis más energía mental, más actividad, más fuerza y persistencia en la consecución de objetivos extremadamente importantes si no es entre los partidarios de la doctrina del determinismo?” Priestley se refería a la secta religiosa democrática que entonces se llamaba *christian necessities*. Desconocemos si en realidad esta secta era tan activa como pensaba su adepto Priestley, pero aquí no tiene importancia.

Está fuera de toda duda que la concepción materialista de la voluntad del hombre concuerda perfectamente con la más enérgica actividad práctica. Lanson⁵ observa que “todas las doctrinas que más exigían a la voluntad humana afirmaban, en principio, que la voluntad era impotente, negaban la libertad y subordinaban el mundo a la fatalidad”. Lanson está equivocado al pensar que toda negación del llamado libre albedrío conduce al fatalismo, aunque esta idea no le impediría comentar un hecho histórico de sumo interés. De hecho, la historia demuestra que incluso el fatalismo no siempre fue un impedimento para la acción enérgica en la actividad práctica, todo lo contrario, en determinadas épocas fue una *base psicológica indispensable de dicha acción*. Recordemos, como prueba de ello, que los puritanos, por su energía, superaron a todos los demás partidos de la Inglaterra

5.- Gustavo Lanson (1857-1934). Literato e historiador literario francés

del siglo XVII, y que los seguidores de Mahoma, en un corto espacio de tiempo, sometieron una parte enorme del planeta, que se extendía desde la India hasta España. Se equivocan los que piensan que basta con estar convencidos del advenimiento inevitable de una serie de acontecimientos para que desaparezca toda nuestra posibilidad psicológica de contribuir a ellos o contrarrestarlos.⁶

Todo depende de si mis actividades constituyen un eslabón indispensable en la cadena de acontecimientos inevitables. Si la respuesta es afirmativa, menores serán mis dudas y más enérgicas mis acciones. En esto no hay nada de sorprendente, cuando decimos que un determinado individuo considera su actividad como un eslabón necesario en la cadena de acontecimientos necesarios, afirmamos, entre otras cosas, que la ausencia de libre albedrío equivale para él a la total *incapacidad de permanecer inactivo* y, esa falta de libre albedrío, se refleja en su conciencia como la *imposibilidad de actuar de un modo diferente al que actúa*. Es, precisamente, el estado psicológico que se puede expresar con la famosa frase de Lutero: "*Her stehe ich, ich kann nicht anden*" (¡No puedo hacer otra cosa, esta es mi postura!) y gracias al cual, los hombres revelan la energía más indomable y realizan las hazañas más prodigiosas. Hamlet nunca conoció estado de espíritu, por eso sólo era capaz de lamentarse y sumirse en la meditación. Y por eso mismo, Hamlet jamás habría aceptado una filosofía donde la libertad no es más que la necesidad hecha conciencia. Fichte tenía razón al decir: "como es el hombre, así es su filosofía".

6.- Se sabe que, según la doctrina de Calvino, todas las acciones de los hombres están predeterminadas por Dios. "Llamamos predestinación a la decisión eterna de Dios, por la cual él determina lo que necesariamente ocurrirá en la vida del hombre". (*Institutio*. III, Cap. V) Según esta doctrina, Dios *elige a* algunos de sus servidores para la liberación de los pueblos injustamente oprimidos. Fue el caso de Moisés, el libertador del pueblo de Israel. Todo indica que también Cromwell se consideraba a sí mismo como un instrumento de Dios, siempre decía y seguramente con una convicción sincera, que sus acciones eran fruto de la voluntad de Dios. Todas esas acciones para él tenían de antemano el carácter de necesidad. Este pensamiento no le impidió intentar una victoria tras otra, sino que, incluso, infundía a esta aspiración una fuerza indomable.

Quietismo y necesidad

Algunos se han tomado en serio la observación de Stammler⁷ respecto a la pretendida contradicción insoluble que, según él, es característica de una determinada teoría político-social de Europa Occidental [el marxismo]. Nos referimos al conocido ejemplo del eclipse lunar. En realidad, es un ejemplo sumamente absurdo. Entre las condiciones cuya conjunción es indispensable para que se produzca un eclipse lunar, la actividad humana no interviene, ni puede intervenir de ningún modo, y, por ese solo hecho, únicamente en un manicomio podría formarse un partido que se propusiese contribuir al eclipse lunar. Pero, aunque la actividad humana fuera una de esas condiciones, ninguno de los que desean intensamente ver un eclipse lunar se unirían al partido del eclipse lunar si estuvieran convencidos de que el eclipse, de todos modos, tendría lugar sin su ayuda. En este caso, su "quietismo" no sería más que la abstención de una acción superflua, es decir, inútil, y no tendría nada que ver con el verdadero quietismo.

Para que el ejemplo del eclipse deje de ser absurdo en el caso del partido antes mencionado, lo cambiaremos totalmente.

7- Rodolfo Stamler (nacido en 1856). Filósofo alemán neokantiano que negaba la regularidad del proceso histórico.

Tendríamos que imaginar a la luna dotada de conciencia y que la situación que ocupa en el firmamento, gracias a la cual tiene lugar su eclipse, se presenta como el fruto de su libre albedrío y no sólo le produce un enorme placer, sino que es en absolutamente indispensable para su tranquilidad moral, por lo que tiende siempre, fervientemente, a ocupar esta posición. Después de imaginarnos todo eso, deberíamos preguntarnos: ¿Qué experimentaría la luna si descubriese al fin que, en realidad, no es su voluntad ni "ideales" lo que determina su movimiento en el espacio, sino que, por el contrario, es su movimiento el que determina su voluntad y sus "ideales"? Según Stamler, ese descubrimiento la haría incapaz, con toda seguridad, de moverse, a menos que consiga salir del apuro gracias a alguna contradicción lógica. Pero esta hipótesis carece de toda base. Este descubrimiento podría constituir uno de los fundamentos formales del mal humor de la luna, de su desacuerdo moral consigo misma, de la contradicción entre sus "ideales" y la realidad mecánica. Pero como nosotros suponemos que, en general, el "estado psíquico de la luna" está condicionado, en última instancia, por su movimiento, es en éste donde habría que buscar el origen de su malestar espiritual. Al examinar atentamente la cuestión, podríamos ver que cuando la luna se encuentra en su apogeo, ésta sufre porque su voluntad no es libre y cuando se halla en el perigeo, la misma circunstancia constituye para ella una nueva fuente moral de placidez y buen humor. También podría ser al revés: que fuera en su apogeo y no en el perigeo cuando encontrase los medios de conciliar la libertad con la necesidad.

Pero, de cualquier manera, está fuera de dudas que tal conciliación es absolutamente posible, que la conciencia de la necesidad concuerda perfectamente con la acción práctica más enérgica. En todo caso, así ha sucedido hasta ahora en la historia. Algunos de los hombres que negaban el libre albedrío superaron, con frecuencia, a todos sus contemporáneos por su fuerza de voluntad, y afirmaban al máximo su voluntad. Se citan numerosos y bien conocidos ejemplos. Se pueden olvidar, como aparentemente hace Stammler, sólo si uno se niega a ver la realidad histórica como realmente es. Semejante posición se manifiesta muy poderosamente, por ejemplo, entre nuestros subjetivistas y entre

algunos filisteos alemanes. Pero los filisteos y los subjetivistas no son hombres, sino simples fantasmas como diría Belinski.⁷

Examinemos, no obstante, más de cerca el caso cuando todas las acciones propias del hombre –pasadas, presentes o futuras– se le aparecen bajo la túnica de la necesidad. Ya sabemos que, en este caso, el hombre se considera un enviado de Dios, como Mahoma, un elegido ineluctable por el destino, como Napoleón, o una expresión de la fuerza irresistible del movimiento histórico, como algunos hombres públicos del siglo XIX, que despliegan una fuerza de voluntad casi elemental y arrastra a su paso, como si fueran castillos de naipes, todos los obstáculos levantados en su camino por los provincianos Hamlet y Hamletkins.* Pero ahora este hecho nos interesa bajo otro aspecto que ahora analizaremos. Cuando se presenta la conciencia de mi falta de libre albedrío únicamente bajo la forma de una imposibilidad total, subjetiva y objetiva, de proceder de modo distinto a como lo hago, cuando mis acciones son para mí, al mismo tiempo, las más deseables entre todas las posibles, entonces la necesidad se identifica en mi mente con la libertad y la libertad con la necesidad, y entonces yo no soy libre únicamente en el sentido de *que no puedo romper esta identidad entre la libertad y la necesidad, no puedo oponer la una a la otra, no puedo sentirme trabado por la necesidad. Pero esta falta de libertad es al mismo tiempo su manifestación más absoluta.*

Zimmel⁹ dice que la libertad es siempre libertad respecto a algo, y allí donde la libertad no se concibe como algo opuesto a una restricción, deja de tener sentido. Esta idea, naturalmente, es cierta. Pero esta verdad fundamental no puede servir de

8.- Belinski (1811-1848). Destacado crítico y publicista ruso.

*.- Hace alusión al cuento de Turguénev *El Hamlet de la comarca de Chigrov*. Citaremos otro ejemplo que demuestra gráficamente la fuerza de los sentimientos de personas de esta categoría. La duquesa de Ferrara, Calvin Renée (hija de Luis XII), dice en una carta dirigida a Calvino, su maestro: “No, no he olvidado lo que me habéis escrito: David odiaba a muerte a los enemigos de Dios, yo misma jamás dejaré de obrar de idéntica forma, pues si yo supiera que el Rey, mi padre, y la Reina, mi madre, mi difunto señor marido y todos mis hijos estaban maldecidos por Dios, los odiaría a muerte y desearía que fuesen a parar al infierno”. ¡Qué energía tan terrible y arrolladora son capaces gentes embargadas por este tipo de sentimientos! Y aun así, esas personas negaban el libre albedrío.

9.- Jorge Zimmel (1858-1918). Filósofo y sociólogo alemán, de tendencia idealista y discípulo de Kant.

motivo para refutar la tesis de que la libertad significa ser consciente de la necesidad, que constituye uno de los descubrimientos más brillantes del pensamiento filosófico. La definición de Zimmel es demasiado estrecha, se aplica únicamente a la libertad no sujeta a trabas exteriores. Mientras se trate sólo de estas trabas, la identificación de la libertad con la necesidad sería ridícula en extremo, un carterista no es libre para robarnos ni siquiera el pañuelo del bolsillo, en la medida que se lo impedimos y hasta que no haya vencido, de uno u otro modo, nuestra resistencia. Pero, además, de esta noción elemental y superficial de la libertad, existe otra, incomparablemente más profunda. Para aquellos incapaces de pensar de un modo filosófico, este concepto no existe en absoluto, y los que son capaces de hacerlo alcanzan esta noción únicamente cuando consiguen desprenderse del dualismo y comprender que entre el sujeto, por un lado, y el objeto, por otro, no existe en realidad el abismo que suponen los dualistas.

El subjetivista ruso opone sus ideales utópicos a nuestra realidad capitalista y no va más allá. Los subjetivistas¹⁰ se han hundido en el pantano del *dualismo*. Los ideales de los llamados "discípulos"¹¹ rusos se parecen a la realidad capitalista incomparablemente menos que los ideales de los subjetivistas. A pesar de esto, los "discípulos" han sabido hallar un puente para unir los ideales con la realidad. Los "discípulos" se han elevado hasta el monismo. Según ellos, el propio desarrollo del capitalismo conducirá a su negación y a la realización de sus ideales, de los "discípulos" rusos, y no sólo de los rusos. Es una necesidad histórica. El "discípulo" es un instrumento de esta necesidad y no puede no serlo, tanto por su situación social como por su carácter intelectual y moral creado por esta situación.

Este hecho también es un aspecto de la necesidad. Sin embargo, como su situación social le ha conferido precisamente este carácter y no otro, él no sólo sirve de instrumento a la necesidad y no puede ser de otro modo, sino que lo desea fervientemente y

10.- Subjetivistas populistas rusos P. Lavrov, N. Mijailovski, N. Kareiev y otros.

11.- "Discípulos rusos": Nombre con el que se denominaba en la prensa legal a los socialdemócratas rusos y burlar así la censura.

no puede no querer desearlo. Este es un aspecto de la libertad, de una libertad surgida de la necesidad, o más exactamente, de una libertad que se ha identificado con la necesidad, es decir, la necesidad hecha libertad.* Esta libertad también es una libertad respecto a ciertas restricciones, ella es también la antítesis de ciertas restricciones. Las definiciones profundas no refutan las superficiales, sino que, las completa y, por tanto, las incluye en sí mismas.

Pero, ¿de qué tipo de trabas, qué clase de restricción de libertad se puede tratar en este caso? Es evidente. Las trabas morales que frenan la energía de los hombres que no han roto con el dualismo, las restricciones que hacen sufrir a aquellos que no han sabido tender un puente sobre el abismo que separa los ideales y la realidad. Hasta que el individuo no haya conquistado esta libertad mediante el esfuerzo heroico del pensamiento filosófico, no será plenamente dueño de sí mismo y sus sufrimientos morales son el tributo vergonzoso a la necesidad externa a la que se enfrenta. Pero, tan pronto como este mismo individuo se libera del yugo de las restricciones abrumadoras y vergonzosas, él nace de nuevo, a una vida desconocida hasta entonces, y su actividad libre se convierte en una expresión *consciente y libre de la necesidad*. Entonces, el individuo se convertirá en una gran fuerza social y ningún obstáculo se lo impedirá, como si fuera una tormenta de ira divina.

Lanzarse con furia de los dioses
Sobre la pérfida inquietud ...

*.- “La necesidad se convierte en libertad no porque desaparezca, sino sólo por la expresión externa de su identidad interna”. Hegel. *Wissenschaft der Logik*. Núremberg 1816. II. p. 281.

Tesis, antítesis y síntesis

Lo repetiremos una vez más: la conciencia de la inevitabilidad absoluta de un fenómeno determinado, sólo puede acrecentar la energía del hombre que simpatiza con él y que se considera a sí mismo una de las fuerzas que originan dicho fenómeno. Si este hombre, consciente de la necesidad de tal fenómeno, se cruzara de brazos y no hiciera nada, demostraría que es un ignorante en aritmética.

Supongamos, que el fenómeno A debe producirse necesariamente si existe una determinada suma de circunstancias S . Vosotros me habéis demostrado que una parte de esta suma de circunstancias ya existe y que la otra parte se dará en un momento concreto T . Convencido de ello, yo, que simpatizo con el fenómeno A , exclamo: “¡Muy bien!”, y me echo a dormir hasta el feliz día en que se produzca el acontecimiento predicho por vosotros. ¿Cuál será el resultado? El siguiente: según vuestros cálculos, la suma de circunstancias S , necesaria para que se produzca el fenómeno A , incluía *también mis actividades*, a las que llamaremos a . Pero como yo me eché a dormir, en el momento T la suma de condiciones favorables para que se produzca dicho fenómeno ya no será S , sino $S-a$, lo que cambia la situación. Puede ocurrir que mi lugar sea ocupado por

otro hombre, que también se encontrara próximo a la inactividad, pero a quien mi ejemplo de apatía le ha parecido pernicioso. En este caso, la fuerza a será sustituida por la fuerza b , y si a es igual a b ($a=b$), la suma de condiciones que favorecen el advenimiento de A quedará igual a S y el fenómeno A se producirá, por lo tanto, en el mismo momento T .

Pero si mi fuerza no es igual a cero, si soy un trabajador hábil y capaz, y nadie me ha sustituido, entonces la suma S no será completa y el fenómeno A se producirá más tarde de lo que habíamos calculado, no se producirá totalmente como lo esperábamos o no se producirá en absoluto. Esta idea está clara como la luz del día, pero si yo no la comprendo, si pienso que S continuará siendo S aún después de mi sustitución, únicamente se debe al hecho de que no sé contar. Pero, ¿soy el único que no sabe contar? Vosotros anticipasteis que la suma S se produciría necesariamente en el momento T , pero no previsisteis que yo me echaría a dormir inmediatamente después de nuestra conversación, estabais convencidos de que yo continuaría siendo hasta el final un buen trabajador, pero me habéis cambiado por una fuerza menos segura. Por consiguiente, también vosotros habéis calculado mal. Pero, supongamos que no habéis cometido ningún error, que habéis tenido todo en cuenta, en tal caso, vuestro cálculo tendrá el siguiente aspecto: decís que en el momento T tendremos la suma S . Esta suma de condiciones incluirá mi abandono como un *valor negativo*, y entrará también, como *valor positivo*, el efecto estimulante que en los hombres decididos produce la convicción de que sus aspiraciones e ideales son una expresión subjetiva de la necesidad objetiva. En ese caso, tendremos realmente la suma S en el momento calculado y se producirá el fenómeno A .

Creo que todo está claro. Pero, si está claro, ¿por qué estoy desconcertado ante la idea de que el fenómeno A es inevitable? ¿Por qué me parece que me ha condenado a la inactividad? ¿Por qué, cuando reflexiono sobre esta idea, me he olvidado de las más simples reglas de la aritmética? Probablemente, porque las circunstancias de mi educación fueron tales que, ya antes, me atraía con fuerza la inactividad y nuestra

conversación no fue más que la gota que colmó el vaso de esta aspiración loable. Esto es todo. Sólo en este sentido, como la causa que revela mi flaqueza e inutilidad moral, aparece aquí la conciencia de la necesidad. Pero ésta no puede de ninguna manera ser considerada como *causa* de mi flaqueza, pues la causa no reside en ella, sino en las condiciones de mi educación. Por consiguiente, la aritmética es una ciencia extraordinariamente útil y respetable, cuyas reglas no deberían olvidar ni siquiera los filósofos, ¡sí, especialmente, los filósofos!

¿Y que efecto tendrá la conciencia de la necesidad de un fenómeno determinado sobre el hombre fuerte que no simpatiza con el mismo y se opone a que se produzca? En este caso la situación es algo diferente. Es muy probable que esta conciencia debilite la energía de su resistencia. ¿Cuándo los que se oponen a un fenómeno determinado se convencen de su inevitabilidad? Cuando las circunstancias que lo favorecen se hacen muy numerosas y muy fuertes. La conciencia que los oponentes a ese fenómeno adquieren de su inevitabilidad y el debilitamiento de sus energías, no son más que la manifestación de la fuerza de las condiciones que son favorables a dicho fenómeno. Tales manifestaciones forman parte, a su vez, de estas circunstancias favorables.

Pero la energía de la resistencia no disminuirá en todos los adversarios, en algunos se acrecentará como consecuencia del reconocimiento de su inevitabilidad, transformándose en la energía de la desesperación. La historia en general y la historia de Rusia en particular, nos brindan muchos ejemplos instructivos de energía de este género. Confiamos en que el lector los recordará sin nuestra ayuda.

Aquí nos interrumpe el señor Kareiev, que si bien, por supuesto no comparte nuestro punto de vista sobre la libertad y la necesidad, y, además, no aprueba nuestra debilidad por los “extremos” de los hombres fuertes, recibe, no obstante, con simpatía la idea que sostiene nuestro periódico¹² que el individuo puede ser una gran fuerza social. El respetable

12.- Plejánov hace referencia a la revista *Nauchnoie Obosrenie (Comentario Científico)*, en la que apareció esta obra en 1893 firmada con el seudónimo A. Kirsanov.

profesor exclama con júbilo: "¡Yo siempre he dicho eso!" Es verdad. El señor Kareiev y todos los subjetivistas han atribuido al individuo siempre un papel muy importante en la historia. Hubo un tiempo en que esto despertaba grandes simpatías entre la juventud avanzada que aspiraba a llevar a cabo nobles empresas por el bien común y que, por lo mismo, estaba, naturalmente, inclinada a estimar en alto grado la importancia de la iniciativa personal. Pero, en el fondo, los subjetivistas nunca han sabido no ya resolver, sino ni siquiera plantear con acierto, la cuestión sobre el papel del individuo en la historia. Ellos oponían la actividad de los "espíritus críticos" a la influencia de *las leyes* del movimiento histórico de la sociedad, creando así una nueva variedad de la teoría de los factores, los "espíritus críticos" constituían uno *de los factores*, siendo el *otro* las leyes propias de dicho movimiento. Como resultado, se ha llegado a una profunda incongruencia, que sólo era sostenible en la medida que la atención de los "individuos" activos se concentrada en los problemas prácticos del momento y, por ello, no les restase tiempo para ocuparse de los problemas filosóficos. Pero cuando la calma que sobrevino en la década de los años ochenta brindó a aquellos que poseían la capacidad de pensar, un momento de ocio forzado para entregarse a reflexiones filosóficas, la doctrina subjetivista comenzó a estallar por todos los lados e incluso a caer en pedazos, como el famoso capote de Akaki Akakievich.¹³ Los remiendos no servían para nada y los pensadores comenzaron, uno tras otro, a renunciar al subjetivismo por considerarlo una doctrina obvia y completamente inconsistente.

Como siempre ocurre en estos casos, la reacción contra el subjetivismo condujo a algunos de sus adversarios al extremo opuesto. Mientras algunos de los subjetivistas, al mismo tiempo que atribuían al "individuo" un papel en la historia lo más amplio posible, se negaban a reconocer

13.- Akaki Akakievich. Funcionario héroe del famoso cuento, *El capote*, de Gogol.

el movimiento histórico de la humanidad como un proceso regido por leyes, algunos de sus más recientes adversarios, con la intención de recalcar lo mejor posible ese carácter regular del movimiento, estaban dispuestos, por lo visto, a olvidar que la historia la hacen los hombres y que, por lo tanto, la actividad de los individuos no puede dejar de tener su importancia en ella. Consideraban al individuo como una *quantité négligeable* (una magnitud despreciable). En teoría, este extremismo es tan inadmisibile como aquel al que llegaron los más ardientes subjetivistas. Tan inconsistente es sacrificar la *tesis* a la *antítesis* como olvidarse de la *antítesis* en aras de la *tesis*. El punto de vista correcto se encontrará sólo cuando consigamos unir en la *síntesis* las partes de verdad contenidas en aquellas.*

*.- El mismo Kareiev se nos ha adelantado en la aspiración a la síntesis. Pero, desgraciadamente, no ha ido más allá de reconocer la perogrullada de que el hombre se compone de cuerpo y alma.

Acerca de las opiniones de Karl Lamprecht

Desde hace mucho nos ha interesado este problema y hace bastante tiempo que queríamos invitar a nuestros lectores a abordarlo con nosotros. Pero nos contenían ciertos temores: pensábamos que tal vez nuestros lectores lo habrían ya resuelto por sí mismos y que quizá nuestra invitación llegase tarde.

Ahora, nuestros temores han desaparecido. Nos han liberado de ellos los historiadores alemanes y lo decimos en serio. Resulta que, en estos últimos tiempos, los historiadores alemanes han mantenido una polémica acalorada acerca del papel de las grandes figuras en la historia. Unos se inclinaban a considerar la actividad política de estos hombres como el resorte principal y casi exclusivo del desarrollo histórico, mientras que otros afirmaban que semejante punto de vista es unilateral y que la ciencia histórica debe tener presente no sólo la actividad de los grandes hombres, ni la historia política, sino todo el conjunto de la vida histórica (*das Ganze des geschichtlichen Lebens*).

Uno de los representantes de esta última tendencia es Karl Lamprecht,¹⁴ autor del libro: *Historia del pueblo alemán*.

14.- Karl Lamprecht (1856-1915). Historiador burgués alemán, autor de una historia de Alemania.

Los adversarios de Lamprecht le acusaban de “colectivista” y materialista, incluso le equiparaban –*horrible dictu* (¡terrible sentencia!)–, en un mismo plano incluso que los “ateos socialdemócratas”, según la expresión que él ha empleado al final del debate. Al analizar nosotros sus conceptos, nos dimos cuenta de que las acusaciones lanzadas contra el pobre sabio eran completamente infundadas. Al mismo tiempo, nos convencimos de que los historiadores alemanes contemporáneos no son capaces de resolver la cuestión del papel del individuo en la historia. Fue entonces cuando nos consideramos con derecho a suponer que el problema continuaba todavía sin resolver también para algunos lectores rusos, y que en relación con él aún puede decirse algo no del todo desprovisto de interés teórico y práctico.

Lamprecht reunió toda una colección original de opiniones (*eine artige Sammlung*, según su expresión) de destacados hombres de estado respecto a sus actividades en relación con el ambiente histórico en que éstas se desarrollaron, pero en su polémica se ha limitado, por ahora, a citar algunos discursos y opiniones de Bismarck. Cita las siguientes palabras pronunciadas por el “canciller de hierro” en el Reichstag de la Alemania del Norte el 16 de abril de 1869: “No podemos, señores, ni ignorar la historia del pasado ni crear el futuro. Quisiera preveniros contra el error que lleva a algunos a adelantar el reloj, imaginándose que con ello aceleran la marcha del tiempo. Generalmente, se exagera mucho mi influencia en los acontecimientos en los que me he apoyado, pero, a pesar de todo, a nadie se le ocurrirá exigirme que yo haga la historia. Esta tarea me habría sido imposible, incluso con vuestro concurso, aunque, unidos, habríamos podido hacer frente a todo un mundo. Pero nosotros no podemos hacer la historia, debemos esperar a que ella se haga. No aceleraremos la madurez de los frutos exponiéndolos al calor de una lámpara, y si se arrancan verdes no haríamos otra cosa que impedir su crecimiento y echarlos a perder”.

Basándose en el testimonio de Joly, Lamprecht cita también las opiniones que Bismarck ha expresado en más de una ocasión durante la guerra franco-prusiana. Una vez más, su sentido general es siempre el mismo: "No podemos hacer grandes acontecimientos históricos, sino que debemos adaptarnos a la marcha natural de las cosas y limitarnos a garantizar aquello que ya está maduro".

En estas palabras Lamprecht ve una verdad profunda y completa. El historiador contemporáneo no puede, según él, pensar de otro modo, si es que sabe mirar al fondo de los acontecimientos y no limitar su campo visual a un período de tiempo demasiado corto. ¿Habría podido Bismarck retrotraer a Alemania a la economía natural? Habría sido imposible incluso cuando se encontrara en el apogeo de su poder. Las condiciones históricas generales son más poderosas que las personalidades más fuertes. El carácter general de su época es para el gran hombre "*una necesidad dada empíricamente*".

Así es como razona Lamprecht y califica su concepción como universal. No es difícil observar el punto débil de esta concepción "universal". Las citadas opiniones de Bismarck son muy interesantes como un documento psicológico. Puede que no se simpatice con la actividad del antiguo canciller alemán, pero no se puede afirmar que ésta sea insignificante, ni que Bismarck se distinguiera por su "quietismo". Precisamente, Lassalle decía de él: "Los servidores de la reacción no son picos de oro, pero quiera Dios que la causa del progreso disponga del máximo número de servidores de esta índole". Y este hombre, que ha dado más de una vez pruebas de una energía verdaderamente de hierro, se creía en absoluto impotente ante el curso natural de las cosas, considerándose, por lo visto, un simple instrumento del desarrollo histórico, y demuestra, una vez más, que se puede enfocar los fenómenos a la luz de la necesidad y ser al mismo tiempo un hombre de acción muy enérgico. Pero sólo bajo este aspecto, son interesantes las opiniones de Bismarck, no podemos considerarlas como

una solución al problema del papel del individuo en la historia.

Según Bismarck, los acontecimientos sobrevienen por sí mismos y nosotros no podemos más que garantizar el disfrute que ellos nos deparan. Pero cada acto de garantía representa también un acontecimiento histórico. ¿En qué se diferencian estos acontecimientos de los que sobrevienen por sí mismos? En realidad, casi todo acontecimiento histórico es, al mismo tiempo, algo que “garantiza” a alguien los frutos ya maduros del desarrollo anterior y uno de los eslabones de la cadena de acontecimientos que preparan los frutos del porvenir. ¿Cómo pueden oponerse los actos de “garantía” a la marcha natural de los acontecimientos? Evidentemente, Bismarck quería decir que los individuos y grupos de individuos que actúan en la historia, jamás fueron ni serán omnipotentes. Eso, por supuesto, está fuera de toda duda. Pero nosotros quisiéramos saber, sin embargo, de qué depende su fuerza, que dista, sin duda alguna, de ser omnipotente, en qué condiciones aumenta o disminuye. Ni Bismarck ni el sabio defensor de la concepción “universal” de la historia, que cita sus palabras, nos dan la solución del problema.

Es verdad que en los escritos de Lamprecht encontramos también citas más explícitas. Por ejemplo, cita las siguientes palabras de Monod, uno de los representantes más destacados de la ciencia histórica moderna de Francia:

“Los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar exclusiva atención a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los movimientos, enormes y lentos, de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte verdaderamente interesante y permanente del desarrollo humano, parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometida, hasta cierto punto, a un análisis exacto. De hecho, los acontecimientos y las personalidades destacadas lo son precisamente como signos y símbolos

de diferentes momentos de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los acontecimientos llamados históricos tienen la misma relación con la verdadera historia, que el movimiento de las olas que nacen de la superficie del mar, brillan un momento con su luz viva y después se estrellan contra la costa arenosa, desapareciendo sin dejar huellas”.

Lamprecht declara que está dispuesto a poner su firma en cada una de estas palabras. Es bien sabido que a los sabios alemanes no les gusta estar de acuerdo con los sabios franceses, ni a éstos con los alemanes. Por esta razón, el historiador belga Pirenne resalta con particular satisfacción, en *Revue Historique*, esta coincidencia de las concepciones históricas entre Monod y Lamprecht. “Esta coincidencia es muy significativa –observa Pirenne–, pues demuestra evidentemente que el futuro pertenece a la nueva concepción de la historia”.

La ilusión óptica sobre el papel de las grandes personalidades en la historia

Es necesario que continuemos con la discusión sobre el papel que juegan los grandes hombres en la historia, casi siempre caemos víctimas de cierta ilusión óptica que es útil indicar al lector.

Al desempeñar su papel de “buena espada” salvadora del orden social, Napoleón apartó con ello de dicho papel a todos los demás generales, algunos de los cuales quizá lo habrían desempeñado tan bien o casi tan bien como él. Una vez satisfecha la necesidad social de un gobernante militar enérgico, la organización social cerró el camino hacia el puesto de gobernante militar a todos los demás talentos militares. Su fuerza se convirtió en una fuerza desfavorable para la revelación de otros talentos de este tipo.

Esa es la causa de la ilusión óptica que antes hemos mencionado. La fuerza personal de Napoleón se nos presenta bajo una forma extremadamente exagerada, puesto que le atribuimos toda la fuerza social que le elevó a un primer plano y le apoyaba. Esa fuerza personal nos parece algo absolutamente excepcional, porque las demás fuerzas idénticas a ella no pasaron de lo potencial a lo real. Y cuando se nos pregunta qué habría ocurrido si no hubiese existido Napoleón, nuestra imaginación se embrolla y nos

parece que sin él no habría podido producirse todo el movimiento social sobre el que se basaba su fuerza e influencia.

En la historia del desarrollo del intelecto humano, es mucho más raro el caso en que el éxito de un individuo impide el éxito de otro. Pero incluso en este terreno, no estamos libres de la citada ilusión óptica. Cuando una situación determinada de la sociedad plantea ante sus representantes espirituales ciertas tareas, éstas atraen hacia sí la atención de las mentes eminentes hasta que consiguen resolverlas. Una vez logrado este objetivo, su atención se orienta hacia otro objeto. Después de resolver el problema X, el hombre de talento A, asimismo, desvía la atención del hombre de talento B, de este problema ya resuelto, hacia otro problema Y. Y cuando se nos pregunta qué habría sucedido si A hubiese muerto antes de lograr resolver el problema de X, nos imaginamos que el hilo del desarrollo intelectual de la sociedad se habría roto. Olvidamos que en caso de morir A, de la solución del problema podrían haberse encargado B, C o D y que, de este modo, el hilo del desarrollo intelectual no se hubiese cortado a pesar de la muerte prematura de A.

Dos condiciones son necesarias para que el hombre dotado de cierto talento ejerza, gracias a él, una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos. Es preciso, en primer término, que su talento corresponda mejor que los demás a las necesidades sociales de una época determinada: si Napoleón, en vez de su genio militar, hubiera poseído el genio musical de Beethoven, no hubiese llegado, naturalmente, a ser emperador. En segundo lugar, el régimen social vigente no debe obstaculizar el camino al individuo dotado de un determinado talento necesario y útil justo en ese momento concreto. El mismo Napoleón habría muerto como un general poco conocido o con el nombre de coronel *Bonaparte* si el viejo régimen hubiese durado en Francia setenta y cinco años más.³⁴ En 1789, Davout,

34.- Es posible que entonces Napoleón hubiera ido a Rusia, donde pretendía pasar unos años antes de la revolución. Allí habría hecho méritos, seguramente, combatiendo contra los turcos o los montañeses del Cáucaso, pero a nadie se le habría ocurrido que este oficial pobre, pero de talento, podría, en circunstancias favorables, llegar a ser dueño del mundo.

Désaix, Marmont y MacDonald eran tenientes; Bernadotte, sargento-mayor; Hoche, Marceau, Lefebre, Pichegru, Ney, Massena, Murat, Soult, sargentos; Augereau, maestro de esgrima; Lannes, tintorero; Gouvion Saint-Cyr, actor; Jourdan, repartidor; Bessieres, peluquero; Brune, compositor; Joubert y Junot eran estudiantes de derecho; Kléber era arquitecto; Mortier no ingresó en el ejército hasta la revolución.

Si el viejo régimen hubiera continuado existiendo hasta hoy, a nadie de nosotros se nos habría ocurrido pensar que, a fines del siglo pasado, en Francia, algunos actores, tipógrafos, peluqueros, tintoreros, abogados, repartidores y maestros de esgrima eran genios militares en potencia.³⁵

Stendhal observó que un hombre nacido el mismo año que Tiziano, es decir, en 1477, podría haber sido contemporáneo de Rafael (que murió en 1520) y de Leonardo de Vinci (muerto en 1519) durante cuarenta años; habría podido pasar largos años con Corregio, muerto en 1534, y con Miguel Ángel, que llegó a vivir hasta 1563; no habría tenido más que treinta y cuatro años cuando murió Giorgione; habría podido conocer a Tintoretto, a Bassano, al Veronés, a Julio Romano y a Andrea del Sarto; en una palabra, habría sido contemporáneo de todos los famosos pintores, a excepción de los que pertenecían a la escuela de Bolonia, que apareció un siglo después. Igualmente, puede decirse que el hombre nacido el mismo año que Wouwermann habría podido conocer personalmente a casi todos los grandes pintores de Holanda³⁶ y que un hombre de la misma edad

35.- Durante el reinado de Luis XV sólo uno de los representantes del Tercer Estado, Chevert, pudo llegar hasta el grado de teniente general. Bajo el reinado de Luis XVI, la carrera militar era aún más inaccesible para dicho Estado. Ver: Rambeaud, *Histoire de la civilisation française*, 6ª edición, T. II, p. 225.

36.- En 1606 nacieron Terburg, Brower y Rembrandt; en 1610, Adrain Van Ostade y Ferdinand Bol; en 1615, Van der Holst y Cerard Dow; en 1620, Wouwerman; en 1621, Werniks, Everdingen y Painacker; en 1624, Bergham; en 1629, Paul Potter; en 1626, Jan Steen; en 1630, Ruisdal y Metsu; en 1637, Van der Haiden; en 1638 Hobbema; en 1639, Adrián Van der Velde.

que Shakespeare habría sido contemporáneo de toda una pléyade de notables dramaturgos.³⁷

Hace tiempo que se observó que los talentos aparecen, siempre y en todas partes, allá donde existen condiciones sociales favorables para su desarrollo. Eso significa que todo talento que se ha manifestado efectivamente, es decir, todo talento convertido en fuerza social, es fruto de las relaciones sociales. Pero si esto es así, se comprende por qué los hombres de talento, como hemos dicho, sólo pueden hacer variar el aspecto individual y no la orientación general de los acontecimientos; ellos mismos existen gracias únicamente a esta orientación; si no fuera por eso, nunca habrían podido cruzar el umbral que separa lo potencial de lo real.

Sobra decir que hay talentos y talentos: “Cuando una nueva etapa en el desarrollo de la civilización da vida a un nuevo género de arte —dice con razón Taine—, aparecen decenas de talentos que expresan sólo a medias el pensamiento social, en torno a uno o dos genios que lo expresan a la perfección”.³⁸ Si causas mecánicas o fisiológicas, desvinculadas del curso general del desarrollo social, político e intelectual de Italia hubieran causado la muerte de Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci en su infancia, el arte pictórico italiano sería menos perfecto, pero la tendencia general de su desarrollo en la época del Renacimiento no hubiera sido otra. No fueron Rafael, Leonardo da Vinci ni Miguel Ángel los que crearon esa tendencia: ellos sólo fueron sus mejores representantes. Es verdad, que en torno a un hombre genial se forma generalmente toda una escuela, cuyos discípulos tratan de imitar hasta los menores detalles del Maestro; por esa razón, la laguna que con su muerte prematura habrían dejado en el arte italiano de la época del

37.- “Shakespeare, Beaumont, Fletcher, Jonson, Webster, Massinger, Ford, Middleton y Heywood, aparecidos al mismo tiempo o uno tras otro, representan la nueva generación que, gracias a su situación favorable, floreció magníficamente sobre el terreno preparado por los esfuerzos de la generación anterior”. Taine. *Histoire de la littérature anglaise*, T. 1. p. 468, París, 1863.

38. - Taine. *Histoire de la littérature anglaise*, T.II pág. 5, París. 1863.

Renacimiento Rafael, Miguel Ángel y Leonardo da Vinci hubiese ejercido una gran influencia sobre muchas particularidades secundarias de su historia posterior. Pero tampoco esta historia habría cambiado en su esencia si, debido a ciertas causas generales, no se hubiera producido un cambio fundamental en el curso general del desarrollo intelectual de Italia.

Es sabido, sin embargo, que las diferencias cuantitativas se transforman, al final, en cualitativas. Esto es cierto siempre y, por lo tanto, también lo es aplicado a la historia. Una determinada corriente artística puede no haber alcanzado ninguna manifestación notable si una confluencia de circunstancias desfavorables, hace que desaparezcan uno tras otro varios hombres de talento que habrían podido convertirse en sus representantes. Pero la muerte prematura de estos hombres, no impide la manifestación artística de dicha corriente, sólo cuando no es lo suficientemente profunda para producir nuevos talentos. Y como la profundidad de cualquier corriente dada, tanto en la literatura como en el arte, está determinada por la importancia que tiene para la clase o capa social cuyos gustos expresa y por el papel social de esta clase o capa, aquí también todo depende, en última instancia, del curso del desarrollo social y de la correlación de las fuerzas sociales.

Causas generales y particulares y el aspecto individual en la historia

De este modo, particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan las características individuales de los acontecimientos históricos, y el elemento accidental, en el sentido que hemos indicado, desempeña siempre algún papel en el curso de estos acontecimientos, cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, exactamente, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción. Los fenómenos casuales y las particularidades individuales de las personalidades destacadas son incomparablemente más patentes que las causas generales profundas. Los hombres del siglo XVIII pensaban poco en estas causas generales, explicaban la historia como resultado de los actos conscientes y las "pasiones" de las personalidades históricas. Los filósofos de este siglo afirmaban que la historia podría marchar por caminos totalmente diferentes bajo la influencia de las causas más insignificantes, por ejemplo, como consecuencia de que en la cabeza de cualquier gobernante comenzara a hacer de las suyas un "átomo"

cualquiera (opinión que aparece expresada más de una vez en el *Système de la Nature*).³⁹

Los defensores de la nueva orientación de la ciencia histórica se dedicaron a demostrar que la historia no podía seguir otro rumbo distinto al que ha seguido, a pesar de todos los “átomos”. Al intentar resaltar lo mejor posible la acción de las causas generales, pasaban por alto la importancia de las particularidades individuales de los personajes históricos. Para ellos, la sustitución de una personalidad por otra más o menos capaz, no modificaba en nada los acontecimientos históricos.⁴⁰ Pero una vez admitida semejante hipótesis, nos vemos obligados a reconocer que el elemento individual no tiene absolutamente ninguna importancia en la historia y que todo en ella se reduce a la acción de las causas generales, de las leyes generales, del movimiento histórico. Esta idea se llevó a un extremo que no deja margen para la partícula de verdad contenida en la concepción opuesta. Por esta razón, precisamente, la concepción opuesta conservaba aún cierto derecho a la existencia. El choque de estas dos concepciones adquirió la forma de una antinomia, una de cuyas partes eran las leyes generales y la otra, la acción de las personalidades. Desde el punto de vista de la segunda parte de la antinomia, la historia aparecía como una simple concatenación de casualidades, desde el punto de vista de la primera parte, parecía que incluso los rasgos individuales de los acontecimientos históricos obedecían a la acción de las causas generales. Pero si los rasgos individuales de los acontecimientos se deben a la influencia de las causas generales y no dependen de las particularidades individuales de las personalidades históricas, resulta que

39.- *Systeme de la nature* . Obra fundamental de Holbach, destacado filósofo materialista francés (1723-1789).

40.- De acuerdo con su argumento, es decir, cuando comenzaban a discutir sobre la regularidad de los acontecimientos históricos. En cambio, cuando algunos de ellos relataban simplemente estos acontecimientos, ocurría con frecuencia que llegaban a atribuir al elemento personal una importancia exagerada. Pero lo que a nosotros nos interesa ahora no son sus relatos, sino sus juicios.

estos rasgos están determinados por las causas generales y no pueden ser modificados por más que cambien estos personajes. La teoría adquiere así un carácter fatalista.

Esto no escapó a la atención de sus adversarios. Sainte-Beuve comparó las concepciones históricas de Mignet con las de Bossuet.⁴¹ Este último pensaba que la fuerza que engendra los acontecimientos históricos emana del cielo, que los acontecimientos son una expresión de la voluntad divina. Mignet buscaba esta fuerza en las pasiones humanas, que se manifiestan en los acontecimientos históricos con todo el rigor e inexorabilidad de las fuerzas de la naturaleza. Pero tanto el uno como el otro, interpretaban la historia como una cadena de fenómenos que en ningún caso habrían podido ser diferentes a lo que han sido, en este sentido, los dos eran fatalistas, el filósofo se acerca al sacerdote (*le philosophe se rapproche du prêtre*).

Este reproche estaba justificado mientras la doctrina de regularidad de los acontecimientos históricos, considerase nula la influencia sobre ellos de las particularidades individuales de las personalidades históricas destacadas.

Ya este reproche debía producir una impresión aún más fuerte debido a que los historiadores de la nueva escuela, al igual que los historiadores y filósofos del siglo XVIII, consideraban que la naturaleza humana era la fuente suprema de la que partían y a la que obedecían todas las causas generales del movimiento histórico. Como la Revolución Francesa había demostrado que los acontecimientos históricos no están condicionados únicamente por las acciones conscientes de los hombres, Mignet, Cuizot y otros historiadores de la misma tendencia, situaban en primer plano el efecto de las pasiones, que, con frecuencia, se rebelaban contra todo control de la conciencia. Pero si las pasiones son la causa determinante y más general de los acontecimientos históricos, ¿por qué Sainte-Beuve está equivocado al afirmar que la Revolución Francesa habría podido tener un desenlace contrario al que conocemos, si se

41.- Bossuet (1627-1704). Obispo, filósofo y escritor francés

hubiesen encontrado hombres capaces de inculcar al pueblo francés pasiones diferentes a las que lo agitaban? Mignet respondería: porque dadas las propiedades de la naturaleza humana, en aquel momento, ninguna otra pasión podía agitar a los franceses. En cierto sentido, sería verdad. Pero esta verdad tendría un pronunciado matiz fatalista, por que equivaldría a la tesis según la cual la historia de la humanidad, en todos sus detalles, está determinada por las propiedades generales de la naturaleza humana. El fatalismo sería en este caso la consecuencia de la dilución de lo individual en lo general, por cierto, debemos decir que el fatalismo es siempre la consecuencia de dicha dilución. Se afirma que: "Si todos los fenómenos sociales son inevitables, entonces nuestras actividades no pueden tener ninguna importancia". Esta es una idea correcta formulada de manera equivocada. Deberíamos decir: Si todo sucede como resultado de lo general, entonces lo individual, incluidos mis propios esfuerzos, no tiene ninguna importancia. Semejante conclusión es exacta, pero se utiliza desacertadamente. No tiene ningún sentido aplicada a la interpretación materialista moderna de la historia, en la que cabe también lo individual. Pero sí estaba justificada respecto a las concepciones de los historiadores franceses de la época de la Restauración.

Actualmente, ya no es posible considerar a la naturaleza humana como la causa determinante y más general del movimiento histórico: si es constante, no puede explicar el curso, variable en extremo, de la historia, y si cambia, es evidente que sus cambios están condicionados por el movimiento histórico. Debemos reconocer que la causa determinante y más general del movimiento histórico de la humanidad es el desarrollo de las fuerzas productivas, que son las que condicionan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres. Al lado de esta causa general hay causas particulares, es decir, la situación histórica en la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de una nación dada y que, en última instancia, en sí misma es

creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otras naciones, es decir, por la misma causa general.

Finalmente, la influencia de las causas particulares se competa por las causas singulares, es decir, por las particularidades individuales de los hombres públicos y por otras "casualidades", en virtud de las cuales, los acontecimientos adquieren, a fin de cuentas, su aspecto individual. Las causas singulares no pueden originar cambios radicales en la acción de las causas generales y particulares, que, por otra parte, condicionan la orientación y los límites de la influencia de las causas singulares. Pero, no obstante, es indudable que la historia tomaría otro aspecto si las causas singulares, que ejercen influencia sobre ella, fuesen sustituidas por otras del mismo orden.

Monod y Lamprecht aún defienden el punto de vista de la naturaleza humana. En más de una ocasión, Lamprecht ha declarado categóricamente que, según su opinión, la psicología social constituye la causa principal de los fenómenos históricos. Es un grave error, en virtud del cual el deseo, muy loable en sí mismo, de tener en cuenta "todo el conjunto de la vida social" no puede conducir más que a un eclecticismo insípido, entre los más consecuentes, o a los razonamientos de Kablitz relacionados con la importancia relativa de la inteligencia y del sentimiento.

Pero volvamos a nuestro tema. Un gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le convierten en el individuo más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época, surgidas bajo la influencia de causas generales y particulares. Carlyle,⁽⁴²⁾ en su famosa obra sobre los héroes y la adulación, llama a los grandes hombres *iniciadores*. Es un nombre muy acertado. El gran hombre es, precisamente, un iniciador, porque ve más lejos que otros y desea las cosas más enérgicamente que

42.- Tomás Carlyle (1795-1881). Escritor e historiador inglés, perteneciente a la burguesía.

otros. Resuelve los problemas científicos planteados por el proceso precedente del desarrollo intelectual de la sociedad, señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el desarrollo anterior de las relaciones sociales, toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades. Es un héroe. No en el sentido de que pueda detener o modificar el curso natural de las cosas, sino en el sentido de que su actividad constituye una expresión consciente y libre de este rumbo necesario e inconsciente. Ahí es donde reside toda su importancia y toda su fuerza, su importancia es colosal y su fuerza es tremenda.

Bismarck decía que nosotros no podemos hacer la historia, sino que debemos esperar a que se haga. Pero ¿quién hace la historia? La historia es hecha por el ser *social*, que es su "factor" *único*. El ser social crea él mismo sus relaciones, es decir, las relaciones sociales. Pero, si en un momento dado crea precisamente tales relaciones y no otras, debe existir una causa y razón para ello, por supuesto, está determinado por el estado de las fuerzas productivas. Ningún gran hombre puede imponer a la sociedad relaciones que ya no corresponden al estado de dichas fuerzas o que *todavía* no corresponden a él. En este sentido, el ser social no puede, efectivamente, hacer la historia y, en este caso, sería inútil que moviera las agujas de su reloj porque no aceleraría la marcha del tiempo, ni lo haría retroceder. En esto tiene plena razón Lamprecht: ni siquiera cuando se encontraba en el apogeo de su poder, Bismarck habría podido hacer retroceder a Alemania a la época de la economía natural.

Las relaciones sociales tienen su lógica, en la medida que los hombres se encuentran en determinadas relaciones mutuas, ellos necesariamente sentirán, pensarán y obrarán así y, no de un modo diferente. Sería inútil que la personalidad eminente se empeñara en luchar contra esta lógica, la marcha natural de las cosas (es decir, la misma lógica de las relaciones sociales) reduciría a la nada sus esfuerzos. Pero si yo sé en qué sentido se modifican las relaciones sociales en virtud de determinados cambios en el proceso social y económico de la producción, sé también en qué sentido se

modificará a su vez la psicología social, por consiguiente, tengo la posibilidad de influir sobre ella. Influir sobre la psicología social es influir sobre los acontecimientos históricos. Se puede afirmar, por lo tanto, que, en cierto sentido, yo puedo, con todo, hacer la historia, y no tengo necesidad de esperar hasta que la historia "se haga".

Monod piensa que los acontecimientos e individuos verdaderamente importantes en la historia, lo son únicamente como signos y símbolos del desarrollo de las instituciones y de las condiciones económicas. Es un pensamiento acertado, aunque la formulación es incorrecta. Pero, precisamente porque es un pensamiento acertado, no hay justificación para oponer la actividad de los grandes hombres al movimiento lento de dichas condiciones e instituciones. La modificación más o menos lenta de las "condiciones económicas" coloca periódicamente a la sociedad ante la necesidad de reformar con mayor o menor rapidez sus instituciones. Esta reforma jamás se produce "espontáneamente", exige siempre la intervención de los hombres, ante los cuales surgen, de este modo, grandes problemas sociales. Y son llamados grandes hombres precisamente aquellos que, más que nadie, contribuyen a la solución de estos problemas. Ahora bien, resolver un problema no significa ser únicamente "símbolo" y "signo" de que éste se ha resuelto.

Nos parece que Monod ha opuesto estos dos puntos de vista, sobre todo, porque le ha gustado la simpática muletilla: lentos. Es la muletilla preferida por muchos evolucionistas contemporáneos. Desde el punto de vista psicológico, esta preferencia se comprende: nace necesariamente en el ambiente bien intencionado de la moderación y de la puntualidad... Pero, desde el punto de vista de la lógica, no resiste a la crítica, como lo ha demostrado Hegel.

Y no son tan sólo los "iniciadores", los "grandes" hombres, los que tienen abierto ante sí un ancho campo de acción, sino todos los que tienen ojos para ver, oídos para oír y corazón para amar a su prójimo. El concepto de grande es relativo. En el sentido moral, es grande todo aquel que, como dice la expresión evangélica, "sacrifica su